





Winston
Churchill





Winston Churchill

François Kersaudy

Traducción de Paula Mahler

A large, light gray circular logo containing a white, stylized letter 'A' is centered on the page. The 'A' is a classic serif font with a slightly flared top and a solid base. The logo is semi-transparent, allowing the text behind it to be visible.

Kersaudy, François

Winston Churchill / François Kersaudy. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
El Ateneo, 2016.

752 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Paula Mahler.

ISBN 978-950-02-9950-3

1. Biografía. I. Mahler, Paula, trad. II. Título.

CDD 920

Winston Churchill

Título original: *Winston Churchill*

Autor: François Kersaudy

© Éditions Tallandier, 2000, 2015

Esta edición se publica por acuerdo con Tallandier Editions en conjunto con sus agentes debidamente designados L'Autre agence, París, Francia. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o almacenamiento informático, sin permiso escrito del propietario.

Traductora: Paula Mahler

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos mundiales exclusivos de edición en castellano

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2016

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneco.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: julio de 2006

2ª edición: noviembre de 2016

ISBN 978-950-02-9950-3

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en noviembre de 2016.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

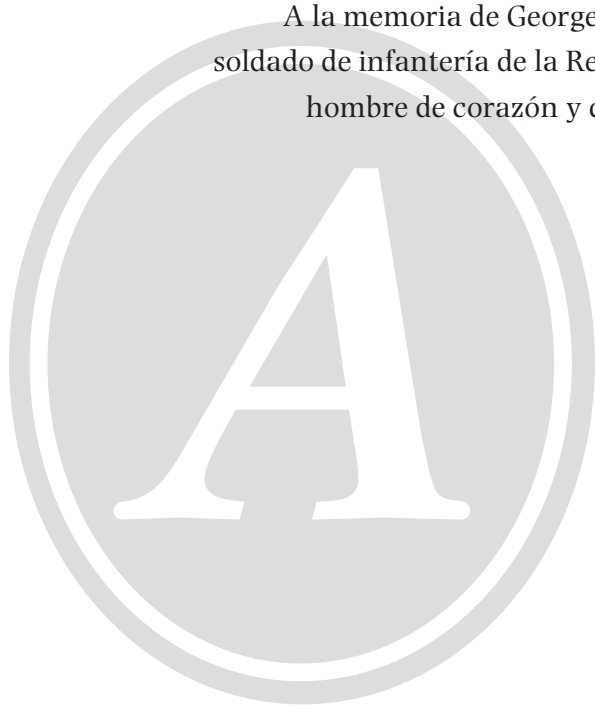
Libro de edición argentina.

Índice

Prólogo	11
1. Los caprichos del destino	13
2. Un holgazán brillante	25
3. Adiós a las lágrimas	47
4. El casco y la pluma	63
5. <i>Gentleman</i> acróbata	101
6. La imaginación sin poder	153
7. El hombre orquesta	183
8. Guardián del Imperio	227
9. Aviso de tempestad	273
10. Reencarnación	343
11. Solista	391
12. Director de orquesta	447
13. Tocar a dúo	491
14. Segundo violín	523
15. Notas desafinadas	569
16. El eterno retorno	625
17. Retorno a lo eterno	691
Conclusiones	723
Notas	725



A la memoria de Georges Lebeau,
soldado de infantería de la Resistencia,
hombre de corazón y de acción.





Prólogo

En junio de 1950, el semanario norteamericano *Time Magazine* había llamado a Winston Churchill “el hombre de la mitad del siglo”; en junio de 2000, la publicación mensual francesa *Historia* había juzgado que eso de “la mitad” era superfluo y lo bautizó “el estadista del siglo”. ¿Cómo justificar tal honor? El mismo general De Gaulle se había encargado de hacerlo cuando lo describió como “el gran campeón de una gran empresa y el gran artista de una gran historia” y cuando agregó: “En este gran drama, él fue el más grande”. Sin embargo, después del gran drama, Winston Churchill siguió siendo el centro de furiosas controversias que empañaron su imagen sin afectar nunca su estatura. En Francia, su personaje queda con demasiada frecuencia resumido en Dresde y Mers el-Kébir; en Gran Bretaña, la prensa disfruta resaltando sus defectos y la lista de sus crímenes imaginarios muchas veces es más larga que un discurso de Fidel Castro.

Detrás de una cortina de humo de esta naturaleza, el personaje corre el riesgo de difuminarse. Pero este hombre tiene un interés único: ¿acaso hubo en este siglo (o en el anterior) una vida tan fabulosa como la de Winston Spencer-Churchill? Incontables biografías intentaron resucitarla: algunas son demasiado cortas como para que sean legibles; otras, demasiado largas como para leerlas; algunas son terriblemente críticas; otras, beatamente hagiográficas; algunas son tan antiguas que se volvieron inhallables; otras, tan aburridas que merecerían ser inhallables; algunas solo existen en inglés; otras, fueron traducidas a las apuradas; algunas hacen que el héroe muera antes de

nacer; otras lo hacen renacer después de muerto; el suntuoso *Winston Churchill* de William Manchester no presenta ninguno de estos inconvenientes, pero se detiene en 1940, un cuarto de siglo antes...

Decididamente, nos vemos obligados a embarcarnos en el redescubrimiento del más prodigioso hombre orquesta de los tiempos modernos. El viaje será largo, agitado a veces, desopilante, con frecuencia agotador y siempre terriblemente peligroso... Pero, al igual que el mismo Winston Churchill, el lector nunca tendrá tiempo de aburrirse, y al revivir paso a paso esta vida fabulosa no podrá dejar de enriquecer la propia.

Las primeras ediciones de esta obra necesariamente fueron un tanto sintéticas. Al desaparecer las limitaciones de espacio y con la aparición de numerosas obras y documentos, fue posible presentar una versión mucho más completa que, además, tuvo en cuenta muchos comentarios y testimonios a los que dio lugar la edición original.

F. K.

Los caprichos del destino

El 30 de noviembre de 1874, en el palacio de Blenheim, en Oxfordshire, nació Winston Leonard Spencer-Churchill, hijo de Randolph Churchill y de Jennie Jerome. El feliz padre se apresuró en escribirle a su suegra: “El niño es increíblemente hermoso, [...] con cabello negro, y es muy sano, si consideramos que nació antes de tiempo”. Así dice la versión oficial: quizás el bebé no haya nacido antes de tiempo, sino que sus padres se habían casado tan solo siete meses antes y había que salvar las apariencias; “increíblemente hermoso” es, sin dudas, un tanto exagerado para hablar de un bebé con los párpados caídos y la nariz respingada; en cuanto al cabello negro, es un punto de vista: la melena del pequeño Winston era tan roja como una llama.

Sin embargo, tenemos una certeza: el recién nacido tenía antepasados ilustres. Por el lado del padre, descendía de John Churchill, primer duque de Marlborough, quien había vencido a las tropas de Luis XIV en Blenheim, Malplaquet, Ramillies, Oudenarde y en todos los lugares en los que las enfrentó. Como recompensa, la reina Ana le ofreció un suntuoso castillo en Woodstock, Oxfordshire, al que bautizaron Blenheim, el nombre de su más hermosa victoria. Este palacio era un edificio asombroso, que podía muy bien rivalizar con Versalles: torres imponentes, tres hectáreas de techos, trescientas habitaciones, un parque de mil cuatrocientas hectáreas. Después de la muerte del duque en 1722, tanto el castillo como el título le quedaron a su hija mayor,

Henriette y, luego, al hijo de su segunda hija, Charles Spencer. A partir de ese momento, de un Spencer al otro, el nombre de Churchill desapareció, hasta que en 1817 el quinto duque de Marlborough recibió por decreto real el permiso para pasar a llamarse “Spencer-Churchill”, y perpetuar así la memoria de su ilustre antepasado.

No podríamos afirmar a conciencia que este quinto duque, esteta indolente y juerguista impenitente, le haya agregado al patronímico familiar un lustre especial. Habrá que esperar hasta mediados del siglo XIX y al advenimiento del séptimo duque, John Winston, hombre profundamente religioso y devoto de la Corona, para ver cómo el blasón de los Spencer-Churchill, duques de Marlborough, recobra su esplendor, una empresa aparentemente sin futuro, pues el hijo mayor y heredero, George, marqués de Blandford, enseguida retomó la tradición de ocio y costumbres licenciosas tan cara a los Spencer. Pero el séptimo duque también tenía un hijo menor, Randolph, en quien había depositado todas sus esperanzas, sin que se sepa demasiado bien por qué, pues a los veintitrés años, lord Randolph Spencer-Churchill, joven elocuente, espiritual e impetuoso, todavía no había hecho nada. ¿Nada de nada? Bueno, algo había hecho: en el verano de 1873, en un baile en Cowes, en la isla de Wight, conoció a una joven norteamericana llamada Jennie y tres días más tarde le pidió que se casara con él...

Jennie Jerome, joven belleza tan romántica como enérgica, era la segunda hija de Clara y Leonard Jerome. Este, descendiente de una vieja familia hugonote que había emigrado a Norteamérica a comienzos del siglo XVIII, era el típico *self-made man*: financista, magnate de la prensa, corredor de bolsa, empresario, propietario de haras, fundador del jockey club, filántropo, armador de veleros y *yachtsman* él mismo, por hacer una descripción incompleta de este fabuloso yanqui de naturaleza feliz y prodigiosa energía. Su esposa Clara, generosa y emprendedora, tenía entre sus antepasados a una iroquesa y a un teniente de Washington; era muy ambiciosa con su marido, consigo

misma y con sus tres hijas, con las que se había instalado en el París del Segundo Imperio, esperando, por sobre todas las cosas, verlas casadas con franceses bien nacidos. Todo marchaba bien hasta que en 1870 la irrupción intempestiva de los prusianos le arruinó los proyectos obligándola a refugiarse en Inglaterra con sus hijas. Situación que explica que la señora Clara Jerome y sus hijas hayan estado presentes en el baile ofrecido en Cowes en honor al zarévich,¹ el 12 de agosto de 1873.

Fue en ese baile, como recordamos, donde Jennie Jerome conoció a un joven con ojos saltones pero con bigote de conquistador; de baja estatura, pero con un título seductor: lord Randolph Spencer-Churchill, con quien se casó el 15 de abril de 1874. Este encadenamiento de casualidades dinásticas, geográficas, políticas, sociológicas, psicológicas, sentimentales y fisiológicas explica la aparición, siete meses después, el 30 de noviembre de 1874, de un pelirrojito gordo en el palacio ancestral de los duques de Marlborough.

Mientras el recién nacido empieza a considerar su imponente entorno, podemos darnos el lujo de hacernos algunas preguntas. La primera es: ¿Winston Leonard Spencer-Churchill nació en una familia rica? El palacio en el que nació no debe engañarnos: pertenecía, por supuesto, a su abuelo, el séptimo duque de Marlborough, pero su padre, Randolph, no era su heredero. De todos modos, esto no era necesariamente una desgracia, pues los gastos de mantenimiento, amoblamiento, mejoras y ampliaciones de la augusta morada ya habían arruinado a más de un Marlborough —empezando por George Spencer, el cuarto duque, que lo enriqueció con una fabulosa colección de cuadros y adornos y le agregó un suntuoso parque con un inmenso lago artificial y sin dejar de lado al quinto duque, que le hizo agregar dependencias, pabellones, una biblioteca de libros valiosos, una colección de instrumentos musicales, un jardín botánico, un jardín chino, un rosal, fuentes, un templo, grutas, un camino perimetral, un puente... antes

de que lo atraparan sus acreedores—. Pero también es cierto que el palacio no era la única causa de la ruina: desde Charles Spencer, nieto del ilustre primer duque, hasta George Blandford, hijo mayor del séptimo duque, parece que la atracción por el juego era entre los Marlborough una tara congénita que se tragó en menos de un siglo y medio una inmensa fortuna. No hay nada asombroso, entonces, en que el primer ministro Disraeli le haya escrito a la reina Victoria en 1875 que el séptimo duque de Marlborough, “para ser duque”, no era rico. Podría haber agregado que sus dos hijos, George y Randolph, vivían muy por encima de los medios con que contaba su padre.

En la aristocracia inglesa del siglo XIX, estos detalles podían arreglarse fácilmente con ayuda de un matrimonio acertado. Por otra parte, ¿no era lo que justamente acababa de hacer Randolph Spencer-Churchill al casarse con Jennie Jerome, hija del millonario Leonard Jerome? En realidad, no del todo. Pues si bien, a diferencia de los Spencer, el fabuloso emprendedor Leonard Jerome poseía un talento real para amasar una fortuna, estaba aún más dotado para gastarla. A partir de 1850 había hecho una fortuna notable en Nueva York, pero enseguida se arruinó por su tren de vida, su filantropía y algunas inversiones riesgosas. De ningún modo descorazonado, este diablo de hombre se dedicó a amasar una segunda fortuna, todavía más importante, que perdió rápidamente en los años posteriores a la guerra civil. El dinero que ya no tenía le permitió, sin embargo, seguir llevando un tren de vida a lo grande, asegurarles una existencia lujosa a la esposa y las hijas instaladas en el París frívolo del Segundo Imperio y hasta ofrecerle a Jennie una dote que le procuraría confort cuando se casara con lord Randolph. Del mismo modo que los Spencer, los Jerome parecían haber considerado siempre que “ya es lo suficientemente triste ser pobre como para tener, encima, que sufrir privaciones”. Cuando el pequeño Winston dio sus vacilantes primeros pasos por las interminables galerías del palacio de Blenheim, lo hizo rodeado por una cantidad

de reliquias marciales: armas, armaduras, estandartes, cuadros de batallas en abundancia. Era la sombra del gran Marlborough, por supuesto, y, atenuada, la de algunos sucesores, como el tercer duque, Charles Spencer, coronel de la guardia real, que comandó en 1756 la malhadada expedición de Rochefort y, luego, la de Alemania, en la que murió. Quizás instruidos por este ejemplo, sus herederos ocuparon puestos honoríficos en el ejército y fueron más notables en las pistas de carreras que en los campos de batalla, lo que no les impidió seguir siendo fieles súbditos de la Corona y apasionados por la política.

El tercer duque fue nombrado lord del Tesoro y, luego, en 1755, lord del Sello Privado (función que desempeñó también su hijo George, el cuarto duque). Su sucesor, el quinto duque, ya conocido por sus gastos extravagantes, fue nombrado... comisario en el Tesoro. En 1867, el séptimo duque, John Winston, el padre de Randolph, fue nombrado presidente del Consejo en el gobierno conservador de Disraeli –una función en la que se desempeñó más que honrosamente–. Siete años más tarde, Disraeli le ofreció el puesto de lord teniente (virrey) de Irlanda, pero los enormes gastos de representación debían estar a su cargo y el séptimo duque de Marlborough, por razones que ya conocemos, de hombre rico no tenía nada. Por consiguiente, rechazó el honor.

Cuando los duques de Marlborough no estaban ocupados en la restauración de su palacio de Blenheim, en servir al rey, en la cacería del zorro, en huir de sus acreedores o en saldar las deudas de sus hijos, se dedicaban a una ocupación tradicional: representar a su circunscripción en el Parlamento. Desde hacía más de un siglo, en efecto, la gente de Woodstock reelegía al castellano (o a su hijo) con una fidelidad conmovedora, y algunos de los elegidos se hicieron cargo del papel con mucha seriedad: por ejemplo, el séptimo duque pasó quince años en la Cámara de los Comunes y adquirió allí una reputación de excelente orador, un don que pronto se revelaría como hereditario. Si su hijo mayor, George, estaba demasiado abocado a obtener placer

como para interesarse seriamente por la cosa pública, el menor, Randolph, descubrió desde muy temprano su vena política y un talento seguro para expresarla. En febrero de 1874 fue triunfalmente elegido en la banca “familiar” de Woodstock y tres meses más tarde, todo el mundo, empezando por el primer ministro Disraeli, estuvo de acuerdo en afirmar que el primer discurso en los Comunes del joven diputado conservador (y recién casado) Randolph Spencer-Churchill permitía augurar su futuro político.

Cuando su hijo Winston, ese bello niño mofletudo con bucles pelirrojos, comenzó a prestar mayor atención a su entorno inmediato, advirtió que mucha gente pasaba por la nueva casa de Londres de Charles Street y que sus padres se ausentaban a menudo. De hecho, lo mundano parecía llenar la parte más importante de la existencia de Randolph y de su joven esposa. Es verdad que tenían a quien salir: todos los duques de Marlborough fueron célebres por el lujo ostentoso de sus recepciones y la desmesura del círculo que frecuentaban: desde el colegio y la universidad (invariablemente Eton y Oxford) hasta el ejercicio de las funciones (en general honoríficas) que les confiaban el rey y el primer ministro, los Marlborough de Blenheim siempre se encontraron en el centro de un verdadero torbellino mundano en el que se mezclaban viejos lores, notables de las localidades, hijos de buenas familias, diputados, ministros, financistas, oficiales y diplomáticos. Desde el reinado de la reina Ana hasta los de Jorge III y Victoria, fueron *persona gratissima* en la corte, y los soberanos a veces consideraron apropiado ir a visitarlos al castillo de Blenheim en persona. Así se explica el gusto de lord y lady Randolph Spencer-Churchill por lo mundano. El mismo cuadro mundano se pintaba del otro lado del Atlántico, aunque, por supuesto, había que restarle la realeza: rico o arruinado, Leonard Jerome ofrecía recepciones que costaban hasta setenta mil dólares (de esa época) por noche; en ellas se encontraba la flor y nata del mundo de las artes, de la política y de las finanzas.

Tiempo después, como bien sabemos, su hija Jennie conocería el fasto de las recepciones y bailes que en París ofrecía la familia imperial.

Tras el nacimiento de su hijo, volvieron a ellas con mucho agrado. Jennie recordaba: “Vivíamos en un torbellino de placeres y de fiebre. Asistí a muchos bailes absolutamente maravillosos que [...] se prolongaban hasta las cinco de la mañana”. Su hijo Winston escribió que sus padres “llevaban una existencia alegre, gastando más de lo que sus ingresos justificaban. Como tenían una excelente cocinera francesa, recibían sin discernimiento. El príncipe de Gales, que desde el comienzo había dado muestras de gran gentileza hacia ellos, algunas veces venía a cenar a casa”. Es un hecho: Su Alteza Real Albert Edouard de Saxe-Cobourg, futuro Eduardo VII, organizó una pequeña corte de noctámbulos bien nacidos: el Círculo de Marlborough House, cuyos pilares principales eran lord Beresford, lord Carrington, el duque de Sutherland, el conde de Aylersford y, por supuesto, lord Randolph Churchill. ¿Las principales actividades de este círculo principesco? Recepciones, bailes, carreras de caballos, juegos de azar y cacería con perros y caballos.

En sus primeros años de vida, el pequeño Winston solo percibió los destellos de estas costumbres mundanas que, sin embargo, ocultaban algunas realidades más sórdidas. Una era el abuso del alcohol, para nada insignificante. En la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII, la bebida no solo fue la “calamidad de las clases trabajadoras”; desde los años de escolaridad, los hijos de la aristocracia organizaban interminables bacanales, y la edad no hacía otra cosa que mejorar su rendimiento (siempre que su organismo no los traicionara prematuramente). Los Marlborough pagaron un tributo bien pesado por esta práctica desastrosa: desde William, marqués de Blandford, nieto del primer duque de Marlborough que murió a los veintitrés años sin dejar de estar borracho, hasta Randolph, hijo menor del séptimo duque, que fue arrestado a los veinte años por ebriedad y malos tratos, hay exactamente un siglo y medio de alcoholismo mundano y de libaciones devastadoras.

Estas costumbres frívolas implicaban otro aspecto también trivial, pero cuyas consecuencias eran aún más pesadas: las múltiples relaciones extraconyugales de los interesados (dudamos en llamarlas asuntos del corazón, porque el corazón parece haber tenido un lugar muy reducido). Que los jóvenes aristócratas participaran en orgías iniciáticas no era otra cosa, desde luego, que la continuación de una tradición que se remontaba al siglo x e, inclusive, a los tiempos de la ocupación romana. Es fácil imaginar que las jóvenes de buena familia se hayan alejado de estas prácticas hasta contraer matrimonio; pero una vez casadas –en general con hombres mucho mayores que ellas, con los que se aburrían mortalmente– estas damas se dedicaban con empeño a recuperar el tiempo perdido. Que los nobles lores tuvieran amantes además de la legítima esposa era algo que no escandalizaba a nadie, ni siquiera en la severa época victoriana, tanto menos cuanto que el ejemplo venía desde arriba: el príncipe de Gales era un libertino en el grado máximo, rodeado de un círculo cerrado (aunque desmesuradamente amplio) de damas del mejor mundo que iban pasando por su cama, sin que su esposa, la princesa Alexandra, dijera gran cosa al respecto. En todo esto había una sola concesión a la época victoriana: fuera del círculo de iniciados se mantenía la mayor de las discreciones.

En la alta sociedad de la antigua colonia del otro lado del Atlántico encontramos los mismos apetitos, siempre restando los títulos de nobleza y la discreción. El padre de Jennie, Leonard Jerome, era su mejor ejemplo: inmensamente generoso en cualquier aspecto, le encantaban las cantantes de ópera,² tenía incontables amantes y algunos hijos ilegítimos. Su esposa Clara se ofuscaba tan poco como la princesa Alexandra. Es verdad que la misma Clara estaba muy lejos de llevar una vida monacal: durante su estadía en París, su lista de amantes se leía como un resumen del gotha europeo. Por supuesto que estas prácticas deportivas estaban prohibidas para su hija Jennie antes de su matrimonio. ¿Y después? ¡Y bueno! Siguió el ejemplo de sus padres y de su esposo...

Justamente con el esposo empezaron a aparecer los graves inconvenientes de este frenesí de actividad sexual. ¿Lord Randolph contrajo sífilis en una relación mundana, semimundana o puramente proletaria algunos meses antes del casamiento? El único que podría contestar sería él, y ni siquiera... Pero en esa época todavía no existía ningún remedio eficaz para las enfermedades venéreas y todo iba a terminar muy mal.

Otro asunto de alcoba con pesadas consecuencias fue el del hermano mayor de Randolph, el muy erudito, talentoso y glotón George, marqués de Blandford. Casado desde hacía seis años con lady Albertha, hija del duque de Abercorn, Blandford se convirtió en amante de una linda francesa, casada a su vez con el conde de Aylesford –“Sporting Joe” para los íntimos–. Algo de todos los días, dadas las costumbres de la época, de no haber sido por el único error imperdonable, en esta clase de historias, que cometió Blandford: no fue discreto y el marido de la francesa se enteró. Ahora bien, el conde de Aylesford era uno de los miembros más notables del Círculo de Marlborough House y, por consiguiente, un íntimo del príncipe de Gales, quien lo apoyó cuando amenazó con iniciar un trámite de divorcio contra la esposa ligera de cascos. Ahí fue cuando intervino Randolph Churchill, que, en apoyo de su hermano George, cuyo nombre quedaría ensuciado por la acción judicial, recurrió a la princesa Alexandra. ¿Podría interceder ante su augusto esposo para que moderara los arranques judiciales de su viejo acólito “Sporting Joe”? Es verdad que Randolph tenía argumentos de peso como, por ejemplo, una serie de cartas apasionadas escritas a lady Aylesford... ¡por el príncipe de Gales! Y sí: el heredero del trono, fino conocedor que no se fijaba en detalles, también había sido amante de lady Aylesford. Pero hacerlo saber, o incluso insinuarlo, constituía una nueva falta mayor al famoso deber de discreción. La reina Victoria en persona se declaró afectada y el príncipe de Gales escribió a Disraeli que lord Blandford y lord Randolph Churchill estaban haciendo correr

por su cuenta “falsos rumores” y que “es muy lamentable que no exista una isla desierta en la que estos dos jóvenes *gentlemen* puedan ser desterrados”. Pero nada era imposible para Su Alteza, ni siquiera crear una isla desierta, y decretó que, a partir de ese momento, su puerta quedaría cerrada para ambos hermanos (y para todo aquel que siguiera recibéndolos). Ningún cortesano se permitiría desafiar un edicto de esta naturaleza. Para Randolph y su esposa, tan dependientes de la vida mundana, fue prácticamente una condena a muerte...

Algunas personalidades influyentes intentaron apelar la sentencia, empezando por el viejo duque de Marlborough, que se dirigió al príncipe de Gales para pedir por su hijo. Pero quien finalmente obtuvo un resultado fue la duquesa, su esposa, cuando apeló al primer ministro. Disraeli era un zorro viejo, que sabía que su soberana no decidiría nunca que hubiera un malentendido definitivo entre la Corona y los duques de Marlborough. Había que tener imaginación y diplomacia y a Disraeli no le faltaban ninguna de las dos, por lo que escribió esta respuesta a la duquesa: “Mi querida dama, hay una sola solución. Persuada a su esposo de que acepte el cargo de virrey de Irlanda y de que se lleve a lord Randolph con él. Esto terminará con todo este asunto”.

Como recordamos, lord Marlborough había rechazado dos años antes la carga penosa y onerosa de ser virrey de Irlanda. Pero ahora era una puerta que permitía una salida honrosa para su hijo predilecto, que se convertiría en su secretario privado en Dublín y que, de esta manera, escaparía del mortal ostracismo que lo asechaba en Londres. Por esta razón, a mediados de diciembre de 1876, el duque y la duquesa de Marlborough, acompañados de lord y lady Randolph Churchill y de un niño de dos años llamado Winston se embarcaron en el transatlántico *Connaught* con destino a Irlanda. Pasaron muchos años antes de que Winston Churchill comprendiera el engranaje complejo de las circunstancias que motivaron esta partida; en ese momento, en todo caso, nadie le prestaba demasiada atención.

Nadie salvo su niñera. Jennie y Randolph Churchill sabían, sin lugar a dudas, que sus ocupaciones mundanas les impedirían ocuparse seriamente de su hijo. Además, el hijo de un lord debía, necesariamente, tener una niñera: las conveniencias lo exigían. El destino quiso que lord y lady Churchill contrataran a una que era excelente, y, con eso, muchas cosas cambiaron. Se llamaba Mrs. Everest, un patronímico a la altura de la tarea que le esperaba.





Un holgazán brillante

El nuevo virrey y su séquito fueron recibidos con una gran ceremonia en Dublín. Desde hacía ya varias décadas Irlanda experimentaba una fuerte agitación autonomista, que se expresaba políticamente en el Parlamento de Londres y con mucha más violencia en el lugar, con la acción terrorista de los fenianos. Esto se producía dentro de un contexto económico catastrófico: después de la gran hambruna de los años cuarenta, que prácticamente había reducido la población a la mitad (bajo la mirada soberanamente indiferente de los ingleses), la miseria y la emigración eran el bien cotidiano de los irlandeses. En 1870 se había votado una primera reforma agraria, pero dejó la mayor parte de las tierras en manos de los ricos propietarios ingleses, que se ocupaban de ellas a la distancia. Por lo tanto, la agitación política se nutría de una reivindicación económica y social, agravada por el odio religioso tres veces secular que enfrentaba a los católicos irlandeses con los colonos protestantes.

En este difícil contexto, el duque de Marlborough, nuevo virrey de Irlanda, obtuvo en tres años resultados más que honrosos: una disminución de la agitación política y una modesta mejora de las condiciones económicas. Es cierto que en 1870 una nueva hambruna acechaba a Irlanda: a causa de las lluvias incesantes, las cosechas de papas, esenciales para la supervivencia del país, fueron catastróficas. La duquesa de Marlborough se comprometió personalmente con el

lanzamiento de una campaña de suscripción a favor de los irlandeses más afectados por el hambre. Apoyado por la prensa inglesa, su “fondo de socorro” logró reunir ciento treinta y cinco mil libras, una suma colosal para la época, que sirvió para comprar alimentos, ropa, combustible y semillas. La reina Victoria quedó tan impresionada que envió a la duquesa una carta de felicitaciones.

En Irlanda, Randolph Churchill estaba mucho más ocupado de lo que nunca había estado en Inglaterra. Se alojaba con su familia en la Pequeña Residencia, muy cerca de la imponente casa del virrey, donde recibía a representantes de casi todas las fracciones políticas irlandesas y los escuchaba atentamente. Era secretario del fondo de socorro de su madre, secretario privado de su padre, miembro de una comisión parlamentaria de investigación sobre el sistema escolar. Recorrió Irlanda de punta a punta y se hizo una idea bastante precisa de la realidad económica y social del país.

Para un joven diputado que nunca había ocultado sus ambiciones políticas, Irlanda constituía un trampolín perfecto. De paso por su circunscripción de Woodstock, pronunció un discurso tan feroz como elocuente, que asombró a los miembros del gobierno conservador: “En Irlanda hay cuestiones importantes y urgentes a las que el gobierno no ha prestado atención, no parece estar dispuesto a prestar atención y quizás no esté dispuesto en absoluto a prestarles atención [...]. Mientras no se consideren estas cuestiones, el gobierno estará expuesto a medidas de obstrucción de parte de los irlandeses”. Ante la emoción que provocaron en Londres estas palabras, su padre, el virrey, se vio obligado a escribirle al ministro responsable de Irlanda que las posturas de su hijo no lo comprometían personalmente, y agregó: “La única excusa que puedo encontrar para Randolph es que se ha vuelto loco, o que está especialmente afectado por el champán o el burdeos locales”.

El champán y el burdeos irlandeses no son una buena excusa, pero es verdad que Randolph no los desdeñaba: “Yo no dejaba de beber

—confesó—, primero de manera mesurada; luego, con imprudencia”. Además, Irlanda tenía otros atractivos para lord Randolph: las regatas, la caza con perros y caballos, y la pesca del salmón. No asombra que los primeros recuerdos del pequeño Winston sean recuerdos de ausencia: de su padre, por supuesto, pero también de su madre: “Mi padre y ella cazaban todo el tiempo con enormes caballos, y a veces teníamos mucho miedo, porque uno u otro volvían con varias horas de retraso”. “Uno u otro...”. Desde muy temprano Winston se dio cuenta de que sus padres raramente volvían juntos y le costaba mucho más soportar las ausencias de su madre que las de su padre. Una de sus primeras declaraciones categóricas fue: “No quiero que mamá se vaya. Si se va, voy a correr al tren y lo abordaré de un salto”. Pero mamá seguía yéndose y se ocupaba muy poco del pequeño Winston.

Lo que pasaba era que la linda Jennie había descubierto enseguida lo que ofrecía Dublín en materia de placeres mundanos comparables a los de Londres o París: recepciones interminables, bailes, espectáculos, carreras de caballos. Y, además, estaba la caza del zorro, que permitía descubrir la incomparable campiña irlandesa (y ampliar el círculo de los conocidos). Así fue como a menudo se la veía con un hermoso oficial, el teniente coronel John Strange Jocelyn, que poseía una enorme propiedad cerca de Dublín. Y cuando tuvo un segundo hijo en febrero de 1880, lo bautizó John Strange Spencer-Churchill. Claro que puede tratarse de una coincidencia... rara, pero lo que es evidente es que lady Randolph Churchill bien podría haberse hecho cargo de las palabras de una ilustre contemporánea: “Mi esposo me ha engañado tanto, que ni siquiera sé si su hijo le pertenece”. Agreguemos que Jennie no se ocupó más del segundo hijo que del primero, algo que Robert Rhodes explicó de este modo: “Su belleza brillante y su cálida vivacidad ocultaban un carácter fundamentalmente egoísta y frívolo”.

Su hijo mayor no estaba enojado con ella: “Mi madre brillaba para mí como la estrella de la tarde. La amaba tiernamente... pero de lejos”.

Por supuesto que el pequeño Winston no había sido abandonado: en la Pequeña Residencia de Phoenix Park había un ejército de asistentes que velaba por el hijo de lord y lady Randolph Churchill (empezando por su niñera, la devota y voluminosa Mrs. Everest, a la que habían rebautizado “Woom”). “Mrs. Everest era mi confidente. [...] Le contaba todas mis penas”. De hecho, penas no le faltaban: por una parte, tenía pulmones frágiles y el clima húmedo de Irlanda hacía que pasara mucho tiempo en cama con gripes y bronquitis; también era un niño extremadamente movedizo, que se golpeaba en todas partes y se caía mucho; finalmente, según confesó él mismo, era un “niño difícil”, cuyos caprichos, intransigencias y arrebatos frecuentemente provocaban el asombro de su entorno (empezando por el de sus padres, que nunca se habían preguntado si su evidente desinterés por el niño no había contribuido, en cierta medida, a este estado de cosas).

La niñera era la única que lograba, no sin dificultades, contenerlo. Todas las mañanas lo llevaba de paseo a Phoenix Park, mientras los Churchill estuvieron en Irlanda, y a Hyde Park, al Museo de Madame Tussaud y a los espectáculos de pantomimas después de su regreso a Londres en 1880. En el cuarto reservado para los niños, lo vigilaba discretamente mientras él se ocupaba de su inagotable reserva de soldados de plomo, que convivían junto a otros innumerables tesoros. También ella fue quien le enseñó los rudimentos de la lectura: “Me había traído un libro titulado *La lectura sin lágrimas*, título absolutamente injustificado para mí [...]. Era un trabajo cotidiano [...] y todo esto me parecía muy cansador”.

Pero Winston todavía no había visto nada. En 1881, cuando tenía siete años, sus padres decidieron enviarlo al internado Saint Georges en Ascot, una escuela privada muy de moda, muy cara y muy severa, una verdadera separación: “Después de todo, tenía solamente siete años, y había sido feliz en mi cuarto de niños, con todos mis juguetes. [...] Ahora lo único que había eran clases: siete u ocho horas por día

[...] y, además, fútbol y críquet”. Muchos niños habían pasado por esto, pero pocos eran tan obstinados como Winston Spencer-Churchill, de manera que su escolaridad fue una larga lucha...

Para empezar, había una probada incompatibilidad entre los intereses del niño y las materias que el sistema escolar de la época consideraba fundamentales. El Griego, el Latín y las Matemáticas eran las materias más importantes, y Winston era absolutamente refractario a ellas (sin duda, porque nadie le había explicado su utilidad): “Cuando no me requerían la razón, la imaginación ni el interés, no quería o no podía aprender”. Por lo tanto, los resultados en estas materias eran lamentables. Además, este escolar reticente descubrió rápidamente que era alérgico a los exámenes (una alergia que lo paralizaba, que incluso lo enfermaba). Finalmente, estaba la conducta o, mejor dicho, la mala conducta, un terreno en el que alcanzó desde el principio cimas vertiginosas: en la escuela Saint Georges, las apreciaciones iban desde “Muy revoltoso” hasta “Insoportable”. Dando pruebas de una indudable tendencia a la indisciplina, nuestro agitador participaba en todas las peleas, robos de azúcar en la despensa y roturas del sombrero de paja del director. Estos desafíos a la autoridad se sancionaban en general con latigazos distribuidos generosamente y no sin sadismo por el reverendo H. W. Sneyd-Kynnersley, director de la escuela. ¿Fueron las huellas de estos malos tratos las que abrieron los ojos de lady Randolph Churchill? Finalmente, en el verano de 1884, sacaron a su hijo de la escuela Saint Georges para llevarlo a un pequeño internado en Brighton. Consideraban que ahí el aire sería mejor para sus bronquios y, además, allí ejercía el doctor Robson Roose, médico hábil y amigo de la familia.

El aire marino de Brighton, efectivamente, resultó saludable, y la pensión de las hermanas Thomson, claramente más humana que la escuela Saint Georges, pero el joven Winston siguió siendo un revoltoso sin remedio: en conducta era el número 29 sobre 32 en el

primer trimestre, y el último de su clase en el segundo trimestre; en los siguientes, mejor no lo contamos... En cuanto al resto, sus notas mostraron una tendencia a mejorar, pero encontramos en su boletín esta mención elocuente: “Las notas de este boletín prácticamente carecen de valor, pues las frecuentes ausencias a clase tornaron muy difícil cualquier tipo de comparación con los otros alumnos”. Y es que Winston había encontrado otras ocupaciones: coleccionaba estampillas, montaba con regularidad a caballo, se ocupaba de las mariposas y de los peces rojos, se apasionaba por la pantomima y el teatro, en el que él mismo participaba en unas cuantas obras, a pesar de un cierto tartamudeo y de un fuerte ceceo. Era un lector voraz para su edad y parecía escribir mejor que sus camaradas, pero no por eso dejaba de ser la desesperación de sus profesores. Este fragmento de una carta a su madre permite comprenderlo con facilidad: “Cuando no tengo nada que hacer [durante las vacaciones] no me molesta trabajar un poco, pero cuando tengo la sensación de que me obligan, lo siento contrario a mis principios”. A su profesor de danza, como a los demás, le dejó un recuerdo imborrable: “Era un alumnito pelirrojo, el más malo de la clase. Inclusive pensaba que era el más malo del mundo”. Este podría haber sido su epitafio, pues en marzo de 1886 contrajo una pulmonía doble que hizo temer un desenlace fatal. Pero el bueno del doctor Roose estaba muy atento y lo salvó *in extremis*.

En la primavera de 1888, Winston ingresó en el colegio secundario. Como todos los Spencer-Churchill, tenía que ir a Eton, pero el doctor Roose se opuso, porque el clima brumoso de las riberas del Támesis estaba especialmente contraindicado para este joven de pulmones frágiles. De manera que fue a Harrow, cerca de Londres. Pero había que pasar el examen, y el muchachito, ya lo sabemos, no soportaba los exámenes... y mucho menos si estaban compuestos por tres pruebas: Latín, Griego y Matemáticas, o sea, todo lo que odiaba. En Latín entregó una hoja en blanco; el resto apenas era mejor. A la salida, Winston

empezó a vomitar: era un completo desastre. Pero, ¡ingresó! Winston, que no dudaba de nada, dedujo que el director del colegio había sabido discernir las capacidades latentes detrás de las apariencias de la perfecta ignorancia. ¡Ingenuidad asombrosa! El reverendo Welldon, el principal de Harrow, había juzgado que iba a ser delicado negarle el ingreso al hijo de lord Randolph Churchill.

Sin embargo, existían límites para la indulgencia. Winston quedó ubicado en la tercera y última sección de la cuarta y última clase. Desde el comienzo supo mostrarse digno de la circunstancia: su latín siguió siendo nulo, su conocimiento del griego se limitaba al alfabeto, su francés era totalmente fantasioso y su nivel de matemáticas, lamentable. Además, despreciaba ostensiblemente el críquet y el fútbol, deportes sagrados en Harrow. Su conducta tampoco mejoró, como puede apreciarse en la nota del 12 de julio de 1888 de su profesor de internado, Henry Davidson, a lady Randolph Churchill: “Winston siempre está atrasado en los cursos, pierde los libros, los papeles y muchas otras cosas [...]. Es tan irregular en su irregularidad que ya no sé realmente qué hacer”. Únicamente la diplomacia impedía al señor Davidson agregar que el joven Winston era un insolente, un grosero, un peleador, y que desobedecía todas las reglas de la escuela. Sin embargo, se ocupaba concienzudamente de su álbum de estampillas, de sus dos perros y de la crianza de gusanos de seda. También hacía carpintería, practicaba esgrima, tiro con fusil, equitación, le interesaban las carreras y fumaba como un sapo. Cuando su abuela materna, Clara Jerome, fue a visitarlo, lo describió como “un pequeño bulldog malo con pelo rojo”.

Nadie la contradijo, pues solamente una mirada muy atenta podía ver en ese insoportable niño otra cosa que un holgazán ordinario. Pero quizás una mirada atenta al menos podría haber entrevisto en él a alguien profundamente desdichado. En realidad, el pequeño Winston tenía buenas razones para serlo: por una parte, como en Ascot y

en Brighton, su salud dejaba mucho que desear; siempre esas terribles bronquitis, crisis hepáticas, insoportables dolores de muelas (le sacaron varias), migrañas, dolores en los ojos, episodios depresivos y una hernia inguinal; a esto que hay que agregar las lastimaduras y los magullones propios de todo niño peleador, las impresionantes caídas de los caballos y una mala caída de una bicicleta, con conmoción cerebral. Además, por ser el hijo de quien era, el joven Winston siempre andaba corto de dinero; su madre, experta en la materia, le escribió: “Eres un verdadero manirroto”, algo imposible de negar. Claro que tenía aficiones costosas, que la cocina de las *public schools* inglesas era tan notoriamente imperfecta que comúnmente era necesario mejorarla, que un *gentleman* debe dar muchas propinas, que el dentista y el oculista son caros y que los cigarrillos y el alcohol tampoco son gratis. Pasara lo que pasare, nuestro jovencito estaba todo el tiempo pidiendo dinero a su madre, a su padre y hasta a su niñera.

Pero había algo más, que sin duda explicaba todo el resto: como en Ascot y en Brighton, Winston no dejaba de pedirles a los padres que vinieran a verlo. Desde hacía años les escribía cartas sobre este tema, organizaba con antelación las visitas, preparaba pantomimas, conciertos, espectáculos de magia, exposiciones, actuaba en obras de teatro, participaba en competencias con la esperanza de que se interesaran por lo que hacía, y la mayoría de las veces era en vano. Durante sus dos años en Ascot, la madre fue a verlo dos veces, es decir, mucho más que su padre. Durante los cuatro años en Brighton, fue cuatro veces, y el padre, una sola; es más, pasó dos veces por Brighton en sus giras electorales sin encontrar el tiempo para ir a visitar a su hijo. A Harrow, que solo queda a media hora de Londres en tren, la madre fue seis veces en cuatro años y medio, y el padre, una sola, ¡a pedido expreso del director de la institución! Sucedió que su madre prometiera ir y que renunciara a hacerlo sin avisarle, dejándolo a la espera tardes enteras. Finalmente, cuando

volvía a la casa a pasar las vacaciones, solía oír que su padre estaba en campaña electoral o en el extranjero, y su madre... de visita en la casa de amigos, si es que no estaba en Dublín o en París. Quedaba Mrs. Everest para consolarlo, fiel entre los fieles, y su hermanito Jack, al que tampoco ahogaba la atención de los padres (al menos Winston no tuvo que sufrir celos). Pero la idea de que esta negligencia catastrófica haya podido afectar en algo la evolución psicológica o el desarrollo escolar de sus hijos nunca surgió en lord y lady Randolph Churchill. ¿Habrá que ver en esto el origen del *black dog*, esa depresión periódica que afectó a Winston durante toda su vida? Parece que se trata, más bien, de una tendencia hereditaria en los Spencer-Churchill; pero el desinterés casi completo de los padres, ciertamente, no ayudó a mejorar las cosas.

Es verdad que después de su regreso de Irlanda, lord Randolph estaba entregado en cuerpo y alma al torbellino de la política. Paradójicamente, la derrota electoral de los conservadores y el regreso al poder de Gladstone en 1880 lo pusieron en un primer plano de la escena política. Mientras su partido estaba en el gobierno, este hombre fogoso había sido mantenido al margen (especialmente desde el malhadado asunto Aylesford); pero una vez que el Partido Conservador perdió el poder y Disraeli se retiró de la Cámara de los Lores, Randolph, espiritual, cultivado y dotado de una memoria excepcional, ocupó las bancas de la oposición con un talento innegable. Tenía solamente tres verdaderos aliados: el diplomático sir Henry Drummond Wolff, el abogado John Gorst y el joven Arthur Balfour, sobrino de lord Salisbury. A este cuarteto movidizo lo bautizaron, un tanto exageradamente, “el cuarto partido”.¹ Pero como dijo A. L. Rowse: “Si bien nunca fueron más de cuatro, hacían tanto ruido como cuarenta y ocupaban más tiempo que ciento cuarenta”.

El más elocuente, el más dinámico, el más oportunista también, sin discusiones, era Randolph Spencer-Churchill. Antes que todos los

demás comprendió que el Partido Conservador, so pena de desaparecer, tenía que dirigirse a los ciudadanos, a quienes se les acababa de conceder el derecho al voto y también a los campesinos, que no tardarían en adquirirlo. Por más que la “vieja guardia” del partido se tomara en chiste esta “*Tory democracy*” y el eslogan que inspiraba a su principal promotor: *Trust the people, and they will trust you*, los acontecimientos (y los electores) le dieron la razón a lord Randolph. Sus brillantes y sarcásticas arengas en el Parlamento, sus triunfantes giras electorales, relanzadas por la Liga de la Prímula que promovían su madre y su esposa, sus repetidos llamamientos al cambio y a la democratización, sus ataques feroces a la política económica, social, exterior e irlandesa de los liberales (y contra la vieja guardia de su propio partido) lo convirtieron a partir de 1884 en uno de los políticos más populares del reino.

Cuando los conservadores formaron un primer gobierno de transición dirigido por lord Salisbury en 1885, fue imposible dejar de lado a Randolph Churchill, y lo nombraron secretario de Estado en las Indias. Al año siguiente, después del triunfo electoral del Partido Conservador, debido en gran parte a la popularidad y habilidad de maniobra de Randolph Churchill, lord Salisbury no pudo hacer otra cosa que ofrecerle un ministerio esencial: ministro de Hacienda y, simultáneamente, las responsabilidades del líder de la Cámara de los Comunes. Con solo treinta y seis años se encontraba en el apogeo de su carrera. En Brighton, un niño de doce años estaba feliz de alegría: desde hacía meses hacía campaña por los conservadores, impulsando a sus condiscípulos a unirse a la Liga de la Prímula y exhortando a todos los adultos, desde los profesores hasta el maestro de natación, a votar a favor del “hombre con el bigote enrulado”, su padre, al que admiraba tanto como poco conocía...

Pero, lamentablemente, cuanto más alto se llega, más abismal es la caída. En el curso de su irresistible ascenso, lord Randolph Churchill

se hizo demasiados enemigos, tanto entre los liberales como dentro de su propio partido, y las víctimas de su habilidad para maniobrar y de su temible elocuencia esperaban en silencio el momento de la revancha. Por otra parte, el peor enemigo de lord Randolph era él mismo; rígido, tajante, vengativo, impulsivo, temerario, cada tanto exaltado o depresivo, también sufría de una excesiva confianza en sí mismo y una tendencia cierta a creerse indispensable. Finalmente, había algo más, mucho más grave todavía: su sífilis progresaba y las manifestaciones de la enfermedad se volvían cada vez más difíciles de ignorar. En 1881 sufrió el primer ataque de parálisis que le dejó pocas huellas físicas, pero que indudablemente afectó un estado mental, ya debilitado por una tensión nerviosa extrema y un consumo de alcohol manifiestamente excesivo.

En cierta medida, estas circunstancias permitieron explicar lo inexplicable: el 20 de diciembre de 1886, lord Randolph Churchill, excelente líder de la Cámara de los Comunes, honorable ministro de Hacienda a quien la reina Victoria acababa de decirle que era “un verdadero hombre de Estado”, le envió a lord Salisbury una carta de renuncia. Su intención era forzar al primer ministro, que acababa de rechazar su programa de reducción de impuestos y de gastos militares. Pero todo ocurrió con tal rapidez, sin la menor concertación con los colegas del gabinete o sus amigos políticos, que el audaz golpe de dados dio resultados: cansado de este ministro inquieto que se mezclaba todo el tiempo en los asuntos de sus colegas y que buscaba ardorosa y manifiestamente ocupar el primer lugar entre ellos, Salisbury aceptó la dimisión y encontró un reemplazante. De nuevo como simple diputado, abandonado por la mayoría de sus amistades políticas, Randolph vio cómo de un solo golpe se deshacía su carrera política. Empezó a intervenir esporádicamente en el Parlamento, a apostar fuerte en las carreras de caballos y se fue por mucho tiempo al extranjero, seguido siempre de lejos por su primer admirador y principal partidario, un

holgazán insolente y peleador, su hijo. No había visto mucho al padre cuando era famoso; ahora que Randolph tuvo que abandonar el primer plano, no iba a verlo más.

En cuanto a las ausencias de lady Randolph, se explican, por supuesto, por el apoyo sin fisuras que aportaba a su esposo durante las campañas electorales. Pero esta es también una explicación parcial: en realidad, como antes en París, Cowes, Londres o Dublín, la frívola Jennie estaba sobre todo absorbida por los bailes, la caza, el juego y las cenas mundanas. También tenía numerosos amantes, generalmente (pero no siempre) con título, diplomáticos, oficiales, políticos, artistas y rentistas que llegaban de diversos horizontes: austríacos, ingleses, franceses, norteamericanos, alemanes, italianos. ¿Hay necesidad de agregar que también fue la amante del príncipe de Gales? Sin dudas era inevitable, si consideramos que Su Alteza Real fue siempre un gran amante, que lady Randolph Churchill era una dama llena de atractivos y que ambos se caracterizaban por un gran eclecticismo. ¿Se enojaba el joven Winston por las relaciones de su madre? Para nada, y sin dudas tenía razón: todas le servirían algún día. Pero en ese momento, esa madre, que para él seguía brillando “como la estrella de la tarde”, se parecía sobre todo a una estrella fugaz.

Es fácil imaginar qué ocupaciones tan absorbentes impidieron que lord y lady Churchill se ocuparan de su hijo; además, los maestros lo habían descrito como un holgazán indisciplinado, y los padres no tenían tiempo de mirar más allá de las apariencias. Como nosotros sí tenemos tiempo, lo haremos en su lugar. Primera sorpresa: este escolar execrable leía mucho más que sus compañeros: devoró *La isla del tesoro* a los nueve años; a los once, los relatos de viajes que se publicaban en los diarios; leía novelas de aventuras de Haggard a los doce, y ¡para su cumpleaños número trece pidió la *Historia de la guerra civil norteamericana*, escrita por el general Grant! A los catorce años descubrió maravillado la *Historia de Inglaterra de Macaulay*; después de esto,

vinieron Thackeray, Wordsworth y lo más importante de la biblioteca del colegio. Temas, en general, sin relación con los programas escolares; no obstante, cuando un profesor dio en Harrow una conferencia sobre Waterloo, quedó estupefacto al escuchar cómo un pelirrojito impertinente criticaba su exposición citando fuentes que el mismo conferenciante desconocía. Además, Winston se dio cuenta desde muy temprano de que, como su padre, poseía una memoria notable: ya la ejercía en Brighton, cuando actuaba en obras de teatro desde Molière hasta Shakespeare. Pero como sus padres no se dignaban a asistir a las representaciones, renunció al teatro, sin haber perdido nunca su talento de comediante. En cuanto a su memoria, la utilizó de muchas otras maneras: a los trece años, el holgazán de Harrow recibió un premio de honor por haber recitado mil doscientos versos de *Baladas de la Roma antigua* de Macaulay, *sin un solo error*. Y este alumno con tan malas notas no dejaba de corregir a los profesores cuando se equivocaban al citar a los poetas ingleses, algo que, por supuesto, no se mencionaba en los boletines. De hecho, la prodigiosa memoria de Winston Spencer-Churchill no terminó de asombrar nunca a sus contemporáneos.

Otro talento fue apareciendo de a poco y casi por accidente: durante los tres primeros trimestres en Harrow, Winston quedó estancado en la clase más baja, con los alumnos más obtusos. Pero había que ocuparlos mientras los más brillantes profundizaban su cultura grecolatina, y el colegio le encargó esta tarea al profesor de Inglés M. Somervell: “Su tarea –recordó Churchill– era enseñar a los alumnos más estúpidos la materia menos valorada: cómo escribir en inglés, así de sencillo. Sabía hacerlo: lo enseñaba como nadie lo había hecho antes. [...] Así asimilé la estructura fundamental de la noble frase inglesa”. Y esto fue útil desde el comienzo: por una parte, Winston enseguida comprendió que las súplicas que escribía a sus padres pidiéndoles dinero eran más efectivas cuando estaban redactadas en buen inglés. A partir de ese momento, es posible leer oraciones como:

“El ministro de Hacienda no desdeñaría algunos préstamos” o, también, “Bien considerado, una subvención no estaría de ningún modo fuera de lugar”. También había otros usos del inglés: Winston estableció un acuerdo de cooperación con un alumno del último curso, latinista distinguido al que le costaban mucho las redacciones en inglés: él se las dictaba y el otro le traducía las oraciones en latín. Finalmente, Winston hizo sus primeras armas como periodista, al enviar algunas cartas al *Harrovian*, el diario del colegio, con el seudónimo *Junius Junior* o *De profundis*. El estilo era clásico; el tono, polémico; el humor, cáustico (exactamente como las intervenciones de Randolph Churchill en la Cámara de los Comunes). Naturalmente, Winston, con orgullo, en cuanto se publicaban se las enviaba a su padre, y lord Randolph a veces se dignaba a leerlas.

De hecho, hubo dos cosas que nunca dejaron de fascinar a Winston Churchill y que Harrow despreciaba. La primera, la política que desde siempre había ocupado un lugar desmesurado dentro de la familia. Desde su más tierna infancia, en el castillo de Blenheim, era el tema principal de conversación en la mesa del viejo duque de Marlborough, su abuelo. Por otra parte, la identificación con la política familiar y con el Partido Conservador tenía tal envergadura que en sus *Memorias* escribió: “En 1888 [todavía no tenía seis años] Gladstone nos echó a todos del poder”. El pequeño Winston estaba entusiasmado con Disraeli, detestaba cordialmente a Gladstone y a partir de los diez años leía con avidez en los diarios todas las peripecias de las justas políticas. Por supuesto que seguía de cerca el ascenso de su padre, llenaba álbumes completos de artículos y de caricaturas sobre él, y las cartas a su madre con frecuencia terminaban con frases como: “Espero que ganen los conservadores. ¿Qué piensa que va a suceder?”, o: “Estoy muy contento de que papá haya sido elegido en Paddington con una mayoría tan grande”. Como sabía que su padre vivía solamente para la política, el muchachito de once años le escribía: “Espero que su discurso de Bradford

tenga tanto éxito como el de Dartford”. Conocía de memoria todos los discursos de su padre (nuevamente esa memoria fenomenal, en este caso con el apoyo de una verdadera pasión) y había realizado entusiasmadas campañas a favor de la Liga de la Prímula antes de las elecciones de 1886. Cuando volvía de Harrow para las vacaciones, Winston se encontraba frecuentemente con las amistades políticas de su padre, como John Gort o sir Henry Drummond Wolff, y los escuchaba con fascinación hablar de las últimas disputas parlamentarias. Además, Edward Marjoribanks, el cuñado de su padre, era el *Chief Whip*, el jefe de la hilera de la fracción parlamentaria liberal, y le explicaba la política vista desde el otro bando. Finalmente, por supuesto, estaban los amantes de su madre, que le hicieron conocer de cerca los grandes acontecimientos de la época: gracias al príncipe de Gales, estaba en los primeros palcos del yate real cuando fue el jubileo de la reina Victoria en 1887; cuatro años más tarde, el conde Kinski, el preferido de su madre, lo llevó al Crystal Palace para asistir a la visita del káiser Guillermo II. Al año siguiente, pudo encontrar en la mesa paterna a algunos de los más grandes actores de la vida parlamentaria y ministerial: Balfour, Chamberlain, lord Rosebery, Herbert Asquith o John Morley; asistió a los grandes debates de la Cámara de los Comunes para oír a su padre, por supuesto, pero también a Austen Chamberlain e incluso a su viejo enemigo Gladstone, “gran águila blanca al mismo tiempo feroz y magnífica”, a quien se sorprendía de admirar. Además, tuvo otras sorpresas, como la de escuchar a un diputado radical intercambiar con su padre palabras extremadamente violentas y, luego, presentarse algunos minutos más tarde al joven Winston preguntándole con mucha amabilidad qué pensaba de los debates... Como vemos, Winston Churchill tenía, antes de su mayoría de edad, una experiencia muy concreta de la vida política inglesa y, sobre todo, una ambición secreta: ingresar, en cuanto le correspondiera, al Parlamento para luchar al lado de su padre, como ya lo hacían Austen Chamberlain y Herbert

Gladstone. Cuando llegara ese momento, finalmente, Randolph Churchill podría confiar en su hijo, tratarlo como un socio, como un aliado, y un día, quizá, como un cómplice... “Me parecía –escribió– que contaba con la llave de todo, o de casi todo, lo que valía la pena vivir”. En abril de 1891, Randolph partió a realizar un largo periplo por Sudáfrica; contaba con mejorar su salud, pero también deseaba cazar y participar en emprendimientos de minería. Además, el *Daily Graphic* le había ofrecido una suma importante por un relato detallado de sus impresiones de viaje, que sería publicado en cuatro episodios. Pero en cuanto regresó a Londres, en 1892, de nuevo cayó en la lucha política, bajo la mirada de admiración de su hijo: “Pensábamos que volvería a obtener rápidamente en el Parlamento y dentro del partido la ascendencia que había comprometido con su dimisión de hacía seis años. Nadie sostenía esta esperanza con más brío que yo”.

Pero nuestro escolar tenía también otra pasión, más vieja que la política: la pasión por las armas. Uno de sus recuerdos más antiguos de la niñez estaba directamente vinculado a ellas y se remontaba a 1878: fue en Irlanda, cuando su abuelo, el virrey, inauguró la estatua de lord Gough: “Recuerdo [...] una gran multitud negra, caballeros con uniforme escarlata, cuerdas que apartaban una tela marrón brillante y al viejo duque, mi temible abuelo, que se dirigía a la multitud con una voz grave. También recuerdo una de sus frases: ‘Y de una descarga fulminante, rompió en pedazos las filas enemigas’. Entendía muy bien que hablaba de la guerra y de combates, y que una ‘descarga’ era lo que los soldados con mantos negros tiraban frecuentemente con gran estruendo en Phoenix Park, adonde me llevaban en mi paseo matinal. Creo que este es mi primer recuerdo coherente”.

Notablemente coherente, incluso, si pensamos que Winston tenía cuatro años en ese momento. Pero sin duda ya se ha comprendido que no se trataba de un niño común. No era todavía mayor cuando oyó hablar de los peligrosos fenianos, de las campañas de Cromwell en

Irlanda y, por supuesto, de las hazañas de su ilustre antepasado, John Churchill, primer duque de Marlborough. De regreso a Irlanda, empezó a apasionarse por la guerra que en ese momento se desarrollaba contra los zulúes, y miraba las ilustraciones en los periódicos. “Los zulúes mataban a muchos de nuestros soldados, pero nuestros soldados mataban a muchos más zulúes, si nos guiábamos por las imágenes”. Tuvo que esperar todavía dos años para poder leer los textos y entender que las cosas eran un poco más complejas. A partir de ese momento siguió apasionadamente todos los relatos sobre la muerte del príncipe imperial² y el trágico final de Gordon en Kartún, pero también sobre la guerra civil norteamericana y la guerra franco-alemana de 1870, en ese momento el último grito en materia de conflictos de importancia.

Por supuesto que el pequeño Winston jugaba a la guerra con su hermano y sus primos, como todos los varones. Pero él se tomaba el juego muy en serio; siempre era el que mandaba, y en Bamstead, la propiedad de sus padres, construyó una fortaleza con pasarelas, fosas y puentes levadizos. En el medio había una poderosa catapulta que lanzaba bien lejos... manzanas; como no tenía zulúes, bombardeaba vacas que se aventuraban a la línea de tiro. Naturalmente, Winston era un apasionado de los desfiles militares y de las visitas a museos históricos, fortalezas y unidades navales; sus cartas estaban sembradas de croquis de cañones, uniformes, buques y campos de batalla. Pero no hay que olvidar lo esencial: desde los cinco años acumuló en su cuarto de juegos una impresionante colección de soldados de plomo de la que estaba especialmente orgulloso: “Terminé por tener cerca de mil quinientos, todos a la misma escala, todos británicos y que constituían una división de infantería, con una brigada de caballería”. Sin contar las piezas de artillería, que tiraban arvejas y piedritas sobre el ejército enemigo, dirigido por su hermanito Jack. “Era un espectáculo muy impresionante –recordó su prima Clare Frewen– conducido con una seriedad que iba mucho más allá de un simple juego de niños”.

Así era: Winston Churchill escribió: “Estos soldados de plomo cambiaron el rumbo de mi existencia”. Sucedió que un día el padre, cuyo extraordinario prestigio a los ojos del niño conocemos, aceptó ir a pasar revista a las tropas, un acontecimiento de una importancia absolutamente excepcional: “Todas las tropas estaban dispuestas en formación de ataque. Con un ojo experto y una sonrisa fascinante, mi padre pasó veinte minutos estudiando la escena, que era realmente imponente. Después me preguntó si me gustaría entrar en el ejército. Pensaba que sería fantástico dirigir un ejército, así que enseguida dije que sí e inmediatamente me tomaron la palabra. Durante años pensé que mi padre, con su experiencia y su instinto, había entrevisto en mí las cualidades de un genio militar. Pero me dijeron que solamente había sacado la conclusión de que no era lo bastante inteligente como para ser abogado”.

Pequeñas causas, grandes efectos... A partir de ese momento, Winston Churchill tuvo una ambición claramente definida, y todas sus actividades se le subordinaron. Después de su primer año de estudios en Harrow, entró en una clase especial del colegio que preparaba para los exámenes militares. Esto se realizaba además de los estudios normales, por los que Winston seguía mostrando un interés muy limitado. Como señaló uno de sus maestros: “Trabajaba solamente cuando lo decidía y en las materias que le gustaban”. Pero, justamente, la *military class* lo sedujo desde el principio: en ella le daban alguna importancia a la historia y a las redacciones en inglés, dos de sus materias predilectas. Además, Winston era miembro del *rifle club*, que organizaba sesiones de tiro y maniobras, en las que los alumnos podían mostrar sus talentos en materia de táctica militar. “En una jornada de grandes maniobras –recordó uno de sus profesores– vino a preguntarme si podía ser mi ayuda de campo; su vivacidad, su energía en la acción eran sorprendentes”. Por otra parte, si bien el fútbol seguía aburriéndolo y no lograba andar en bicicleta (además, la había vendido para comprar

un bulldog), lo atraían otros deportes apreciados en el ejército: la equitación, por supuesto, pero sobre todo el boxeo, la natación y la esgrima. A tal punto que este muchacho de talla modesta (1,66 metros), más bien enclenque y que se enfermaba con bastante frecuencia, ganó en el verano de 1889 el campeonato de natación por equipos. Más extraordinario todavía es que a los diecisiete años haya ganado los campeonatos de esgrima intercolegiales, derrotando a todos sus adversarios, la mayoría de los cuales eran mayores y con más experiencia que él. Sus padres ni siquiera fueron a la entrega de los premios: lady Randolph estaba en Montecarlo y lord Randolph, en las carreras... El hijo ya no se enojaba más.

Winston era muy débil en matemáticas como para entrar a Woolwich, la academia reservada a los futuros oficiales de la artillería y del genio. Sus maestros le recomendaron prepararse para ingresar a Sandhurst, que formaba a los tenientes de infantería y de caballería; para hacerlo, tenía que enfrentar el examen preliminar, más el examen de ingreso propiamente dicho. Al cabo de un año, en junio de 1890, Winston fue autorizado a presentar la prueba preliminar y, para sorpresa general, aprobó en el primer intento mientras que muchos de sus condiscípulos, mayores que él, fracasaron estrepitosamente. Es verdad que tuvo mucha suerte: ese año el Latín no era obligatorio, el tema de la redacción fue la Guerra de Secesión (una de sus especialidades) y el mapa que le pidieron que dibujara era el de Nueva Zelanda, justamente el que se había aprendido de casualidad el día anterior. Quedaba por aprobar el examen principal, y ahí las cosas se complicaron: además de Francés y Química, había tres materias obligatorias: Inglés, Matemáticas y... Latín. Por primera vez en su vida, Winston trabajó regular y aplicadamente; uno de los mejores profesores de Matemáticas del colegio, el señor Mayo, se dedicó a dictarle clases particulares. Pero fue insuficiente: en el verano de 1892, el estudiante de diecisiete años fracasó en su primer intento.

Se presentó de nuevo cuatro meses más tarde y volvió a fracasar. Su padre, que seguía considerándolo un tonto, decía que eso no le llamaba la atención, pero tuvo la sorpresa de que lo contradijera el principal del colegio, el reverendo Welldon. Este hombre digno terminó por comprender que las notas del boletín del joven Winston daban solo una imagen imperfecta de su valor real: también se dio cuenta de los cambios que se habían producido en su conducta y en su asistencia. Por eso le escribió a lord Randolph para decirle que la tercera iba a ser la vencida, pero le recomendó que confiara a su hijo al mejor de los “preparadores” profesionales, el capitán Walter H. James. Randolph Churchill aceptó después de algunas dudas (evidentemente la preparación era muy costosa) y Winston dejó Harrow para entregarse a los buenos cuidados de esta afamada fábrica de bachilleres. Al respecto, escribió: “Era un sistema de crianza intensiva en lugares cerrados [...] y nos decían que a partir de ahí nadie podía dejar de entrar al ejército, salvo que fuera un imbécil de nacimiento”.

...O que estuviera muerto; porque de eso exactamente se salvó Winston Churchill antes de haber podido beneficiarse con los conocidos servicios del capitán James. En la propiedad de la cuñada de Randolph, cerca de Bournemouth, Winston, que acababa de cumplir dieciocho años, jugaba a los policías y los ladrones con su hermano y un primo. Se había librado de ambos, pero en un momento se encontró en medio de un puente de unos cincuenta metros de largo, que atravesaba un profundo barranco, y se dio cuenta de que sus perseguidores lo esperaban en la otra punta. Para que no lo capturaran, pasó por encima del parapeto y se lanzó hacia la punta de un pino, con la esperanza de deslizarse a lo largo del tronco. Pero calculó mal, cayó desde una altura de nueve metros y quedó en el suelo, inconsciente. Después de tres días en coma, se pudo diagnosticar, entre otras heridas, una grave lesión en un riñón. En la casa de los Churchill no se bromeaba con la enfermedad: sus padres acudieron de inmediato y llevaron con

ellos al bueno del doctor Roose y a un famoso cirujano. Winston se salvó con dos meses de inmovilización. O sea, tiempo perdido para la preparación con el capitán James y tanto más cuanto que, apenas convaleciente, se empezó a interesar mucho más por el intento de regresar a la política de su padre e iba a escuchar todos los discursos que pronunciaba en la Cámara. El infortunado capitán James, que ya había visto a otros como él, estaba desesperado y dispuesto a abandonar la partida. Se equivocaba: en el tercer intento, en junio de 1893, Winston Spencer-Churchill fue recibido en Sandhurst, con un poco de trabajo, mucha suerte y algunos talentos excepcionales.

De hecho, casi por poco Winston no ingresa nunca a Sandhurst o a cualquier otro lugar. Ese verano pasó sus vacaciones en Suiza y, en un paseo en bote en el lago Léman, él y un amigo decidieron bañarse y, en un momento, se dieron cuenta de que el viento se había llevado el bote fuera de su alcance. Estaban muy lejos de la orilla como para volver por sus propios medios. “Ese día –recordó– vi la muerte tan de cerca como nunca”. Pero no es verdad: la vería de mucho más cerca todavía... En ese momento, su habilidad de nadador, que era notable en Harrow, le permitió alcanzar el bote *in extremis* y recuperar a su amigo.

Poco antes de esta aventura había recibido cartas de felicitación de toda la familia por su admisión en Sandhurst. Los únicos que se habían abstenido habían sido sus padres. Pero la carta que finalmente recibió del padre era especialmente hiriente: indignado por haber comprobado que las notas en el examen solo le permitían entrar en la caballería en lugar de la infantería, Randolph le escribió: “Al llevar a cabo la prodigiosa hazaña de ingresar a la caballería, me impones un gasto suplementario de unas doscientas libras al año. [...] Si no puedes dejar de llevar una existencia ociosa, vana e inútil, como la que tuviste durante la escolaridad y durante los últimos meses, te convertirás en un simple desecho de la sociedad, uno de sus incontables perdedores

que salen de las *public schools*, y te instalarás en una existencia lamentable, infeliz y fútil”.

¿Acaso era una proyección? Porque este retrato se parece mucho al de lord Randolph en su juventud y, más todavía, al que temía convertirse en un futuro próximo. Además, en la correspondencia hay extrañas incoherencias que permiten pensar que la enfermedad que sufría desde hacía diez años ya amenazaba seriamente sus facultades mentales. ¿Era consciente Winston de esto? Para nada. Le respondió: “Lamento muchísimo haberlo defraudado. Me esforzaré por que cambie de opinión sobre mí a través de mi trabajo y mi conducta en Sandhurst”.

